



ROMANCE TRAGICO

DE DON BERNARDO MIRANDA,

O EL DESENGAÑO DE UN JUGADOR.

Corriendo valles y selvas  
 resuena por toda España  
 el caso mas horroroso  
 que en las historias se halla:  
 Sirviendo para escarmiento  
 de aquella infame canalla  
 que en la codicia se ciegan  
 buseando siempre ganancia.  
 Hablo de los que en el juego  
 cometen dos mil infamias,  
 y por el vil interés  
 pierden su hacienda y su alma.  
 Oigan pues de un jugador  
 lo que este papel relata,  
 y verán el fin que tuvo  
 su locura temeraria.  
 En la villa de Alfarnate,  
 la cual sujeta se halla  
 á Málaga y su obispado,  
 estaba Don Juan Miranda.

A este noble caballero  
 por esposa acompañaba  
 Doña Rosa de Robledo,  
 señora á quien mucho amaba.  
 Del séptimo Sacramento  
 que la santa Iglesia manda,  
 en cinco años lograron  
 un infante y dos infantas.  
 Los criaron con cariño  
 desde su primera infancia,  
 dándoles buena doctrina  
 de política y crianza.  
 Teniendo gran devocion  
 á la Magestad sagrada  
 el Cristo de Villaquejida,  
 y á la Reina Soberana.  
 A quien los tres muy devotos  
 todas las noches rezaban,  
 trayendo en su compañía  
 sus milagrosas estampas.

Llegó á la edad de diez y ocho años, cuando se miraba el hijo con buenos bríos, pero costumbres muy malas.

El y otro compañero á menudo continuaban yendo á la casa del juego, condenacion de las almas.

Los padres lo reprendian, diciéndole: cómo andas, Bernardo, tan divertido en esas costumbres malas?

Mira, teme, teme á Dios, teme á su divina espada, que si á esto no temes, espera en eternas llamas.

Mas él lo tomaba á risa, y claramente se mofaba de sus padres, y atrevido respondía estas palabras:

Padre, no me dé consejos, lo que pido es oro y plata para gastar y triunfar, que á mí con esto me basta.

Añadiendo al mismo tiempo; mi madre y mis dos hermanas á predicar á un zarzal pueden ir con sus palabras.

El padre que aquesto oyó, cólerico se levanta, diciéndole: vil, mal hombre, vete, vete de mi casa.

Cómo hablas en mi presencia razones desacertadas contra mí, contra tu madre y contra tus dos hermanas?

Iracundo y enojado se encerró dentro una sala, meditando de qué modo tomaria la venganza.

Con esto se recogió, y otro dia de mañana se salió á dar un paseo, discurrendo en cosas varias.

Cuando en forma de un amigo le sale el demonio, y dice: á dónde vas, camarada?

Buenos dias, Don Bernardo, bien licisteis retirada anoche, que hasta las diez te esperamos en la plaza.

Déjame, que estoy de suerte que al demonio vida y alma le diera por no tener palabradas en mi casa.

Pues dime, qué te sucede que tan indignado andas? pues segun veo en tu rostro en gran pesadumbre te hallas.

Qué he de tener? que mi padre, mi madre y mis dos hermanas, todos cuatro contra mí son iras desenfrenadas.

Amigo, si das lugar que te suban á las barbas, hasta los mismos criados vendrán á rendir las parias.

Si acaso te se ofreciere mi vida, persona y armas, hoy tienes á tu servicio sin embuste ni maraña:

Sin lisonja te lo digo, aunque se vea mi alma condenada en los infiernos no faltará mi palabra.

Mucho estimo la fineza, con qué tengo de pagarla? desde hoy mas te prometo nuestra amistad estrecharla.

Vamos pues á divertirnos á jugar unas cartadas, mientras que llega la hora que podamos ir á casa.

En suma, lo ejecutaron; luego Don Bernardo marcha á casa, y dijo á su padre estas siguientes palabras:

Sírvase vuesa merced; sin ninguna repugnancia, de darme veinte doblones, que al presente me hacen falta.

Viendo tal atrevimiento, respondió el padre: no basta lo que me tienes gastado? anda, vete enhoramala.

Con ímpetu riguroso á su anciano padre agarra, y contra el suelo lo batió con injuriosas palabras.

Quién vió mayor crueldad! quién vió accion mas inhumana! un hijo ultrajar á un padre, gran castigo se le aguarda.

Al ruido y á las voces,  
la madre y las dos hermanas  
salieron, y él desatento  
las ultrajó de palabras.

Levantóse el padre, y dijo  
con voz triste y agraviada:  
permítame Dios soberano  
que mi maldición te caiga:

Que entre perversos demonios  
tu soberbia avasallada  
se vea, pues ultrajaste  
asi mis ancianas canas.

Deme el dinero que pido,  
y si no por la sagrada  
Magestad de Dios eterno  
que le daré una estocada,

Le dejaré palpitante,  
aunque sepa que en las llamas  
de las oscuras cabernas  
se vea mi cuerpo y alma.

Con amorosas razones  
su madre lo reportaba,  
diciéndole: hijo querido,  
por la Reina soberana,

No maltrates á tu padre,  
suspende tu ira y saña;  
por su sacrosanto Hijo  
que no se pierda tu alma.

Mas él respondió á su madre  
estas perversas palabras:  
que se pierda ó no se pierda,  
á usted qué pena le carga?

Viendo que para su ira  
ninguna razon alcanza,  
pidiendo justicia al cielo  
clamaban las dos hermanas.

Colérico y vengativo  
un agudo puñal saca,  
diciendo: pedís favor?  
á mí el demonio me valga,

Que he de quitar cuatro vidas  
si el cielo no lo embaraza,  
que quien estorba mis gustos  
muere rendido á mis plantas.

Esto dijo, dándole  
á su padre una estocada;  
lo mismo hizo con su madre,  
é igualmente á sus hermanas.

Revolcándose en su sangre,  
á un tiempo los cuatro estaban,  
con las ansias de la muerte,  
clamando á la Virgen santa:

Sagrada Virgen María,  
dadnos vuestra santa gracia;  
no permitais, gran Señora,  
que se pierdan nuestras almas:

Haced que podamos todos,  
confesando nuestras faltas,  
recibir los Sacramentos  
que la santa Iglesia manda.

Don Bernardo en este tiempo  
de los escritorios saca  
el oro y plata que habia,  
y diferentes alhajas.

Lo recogió en un talego,  
y por la escalera baja,  
y sale á la calle, dejando  
todas las puertas cerradas.

Marcha en busca del amigo,  
y á pocos pasos que anda  
encuentra al mismo diablo,  
y de esta suerte le habla:

A dónde vas, Don Bernardo?  
escucha, detente, aguarda;  
voy á la casa del juego  
á jugar unas cartadas.

Pues sabes somos amigos,  
allá voy en tu compañía,  
para entretenerme un rato,  
que dinero no me falta.

Jugaremos mano á mano,  
vámonos pronto á la casa:  
ya sabes que como amigo  
jamás te negué la cara.

Se sientan allí á jugar,  
y en breve rato le gana  
el dinero que tenia,  
y asimismo las alhajas.

Desesperado, le dijo:  
me quieres jugar el alma  
contra el dinero que tienes?  
Tú cumplirás la palabra?

Si cumpliré, vive el cielo,  
que yo no juego de chanza;  
en fin á la primer mano,  
Don Bernardo perdió el alma.

Ea, amigo mio eres,  
le dijo el demonio, anda  
conmigo, pues te gané  
debajo de tu palabra.

Bien dices, pero yo creo  
que ha de ser á fuerza de armas.  
Vil hombre de baja esfera,  
quebrás tu trato y palabra?

Si eres hombre, ven conmigo  
y hablaremos en campaña,  
fanfarron, pues no mas tienes  
gran presencia y mucha charla.

Salieron desafiados  
á una ribera que estaba  
del lugar corto distrito,  
picados ya de palabras.

Aqui, le dijo el demonio,  
veré tu fuerte arrogancia,  
que esta noche has de venir  
á arder en eternas llamas.

Quién eres tú, le pregunta,  
que tan atrevido hablas?  
Soy el demonio, y no tienes  
defensa contra mis armas.

Del Altísimo perdiste  
todo el bien que esperanzabas;  
ven al infierno conmigo  
pues tanto lo deseabas.

Don Bernardo que esto oyó,  
viendo figura tan rara,  
pues habia ya dejado  
su amigo la forma humana.

Y que con feroz aspecto  
terrible le amenazaba;  
entre mortales angustias  
llamó á la Virgen sagrada.

Virgen de la Concepcion,  
dadme vuestra santa gracia,  
libradme de aqueste mónstruo,  
y os doy de enmienda palabra.

Cristo de Villaquejida  
que redimiste mi alma,  
no mireis mis graves yerros,  
y vuestra piedad me valga.

El demonio le responde,  
vanas fueron tus palabras  
sino mirára que tienes  
á tu espalda quien te ampara,

Miranda vuelve la vista  
á ver quien saca demanda  
por él, sabedor de que  
solos en el sitio se hallan.

Vió un arrogante mancebo  
vestido á la romana,  
con casco, peto y rodela,  
y una muy brillante espada.

No temas, amigo, dice,  
que soy tu Angel de guarda,

que para que te defienda,  
el Altísimo me manda,  
Que á los ruegos de su Madre,  
María, Virgen sagrada,  
te ha alcanzado, si te enmiendas,  
la salvacion de tu alma.

No bien hubo dicho esto,  
cuando con cólera y rabia  
el demio, enfurecido  
terriblemente bramaba.

Dando un tremendo estallido  
descendió á sus estancias;  
y quedó Don Bernardo libre,  
al cielo rindiendo gracias.

Aquel bello Paraninfo  
le acompañó hasta su casa,  
diciendo: las devociones  
que tienes son quien te ampara.

Tu padre y tu madre está,  
y asimismo tus hermanas,  
sanos sin lesion alguna  
y te esperan sin tardanza.

Con esto se despidió:  
Don Bernardo entró en su casa,  
y postrado de rodillas  
á su anciano padre abraza:

Perdon le pide, y tambien  
á su madre y sus hermanas,  
por los muchos desconciertos  
que ha ocasionado en su casa.

Todos lloran á la vez,  
y al mismo tiempo le abrazan,  
diciendo: yo te perdono,  
porque Dios asi lo manda.

La Virgen Señora nuestra,  
todos á una voz aclaman,  
es la que ha obrado el milagro  
en nuestras vidas librarlas.

A vista de tal prodigio,  
Don Bernardo con constancia  
dispuso ser religioso  
de la seráfica casa,

Desengañado del mundo  
y de todas sus pompas vanas,  
y mayormente del juego,  
que es perdicion de las almas.

Esta, lector, es la historia  
de Don Bernardo Miranda,  
supla pues vuestro talento  
si hay en ella alguna errata.